PREMIO DE RELATO CORTO FERNÁNDEZ LEMA 2025

LEY DE VIDA

PSUEDÓNIMO: “SHEREZADE”

MODALIDAD: LENGUA CASTELLANA

Hace mucho tiempo que no la veo pero ella enseguida me reconoce, y sonriendo sale de la cola del supermercado. Se acerca a darme un beso. Es sábado. Hay mucha gente viéndonos. Y me da vergüenza. Nunca he conseguido entender esas muestras públicas de cariño como algo natural, sino como algo más bien propio de actores.

A ella siempre le gustó el teatro. En el colegio era la mejor con diferencia. No sé a quién habrá salido, en casa nunca hubo un ambiente propicio para eso. Aún recuerdo su debut, haciendo de Herodes en el auto sacramental de los Reyes Magos. Reconozco que estuvo memorable y yo me quedé anonadado. Desconocía sus dotes de actriz. Se comió a los demás niños en el escenario. Siete años tenía.

 –Papá, te veo muy bien. –Me dice con rastros de tabaco en el beso.

No sé si es sincera del todo. Yo no me alegro tanto de verla, aunque para mí siempre es un halago escuchar el piropo de una mujer, aunque sea mi propia hija. Uno ha procurado mantenerse en forma, a pesar de que a mis ochenta años he pasado por casi todo: una guerra, hambre, soledad, frío, la cárcel, un accidente de tráfico y hasta un infarto mientras bebía una cerveza el verano pasado, de doble malta. Se me cayó al suelo y luego caí yo encima. Me manché, creo que de sangre porque me corté. Y desde entonces ya no bebo.

Mi padre murió con treinta y tres años, y a mi madre apenas llegué a conocerla. Y a mis abuelos, ni siquiera en fotos. Supongo que por llegar a la edad que tengo ahora, soy ya una rara excepción en mi familia. Y que todo lo que sienta o padezca hasta mi muerte lo debo considerar como un regalo. Pero yo no lo siento así, sino como una condena. No lo puedo evitar. ¿Qué me vas a decir?

 –Soy fuerte, ya me ves. –Le respondo.

Me lleva de la mano en cuanto paga la compra y me invita a un café fuera del centro comercial. Nunca he entrado en esa cafetería, de estilo bohemio, decorada a base de grandes espejos que doblan la sensación de espacio. Y allí donde no hay espejos, cuelgan multitud de fotografías antiguas de escritores de época. Y también pintores, cupletistas y toreros. Y gente anónima, supongo. Tiene una atmósfera como neblinosa para simular el ambiente que proporciona el tabaco, que entonces sí estaba permitido en los espacios cerrados. Pero se trata en realidad de un trampantojo, porque esa neblina no huele a tabaco sino a vainilla. Es una cafetería que se pretende con solera, y que seguro que agrada a los snob, muy acogedora y coqueta. Justo lo contrario de lo que a mí me gusta. Además, el café me produce ardores, desde siempre. Pero eso tampoco se lo digo. Y me pido una taza.

 –Todo ha cambiado desde la muerte de mamá. Y ha cambiado a peor. –Me dice bastante compungida.

Pestañea repetidamente como evitando derramar las lágrimas. Seguramente sea sincera, no digo yo que no. Pero, ¿qué busca después de tanto tiempo? Aún así, soy consciente de lo que debe estar pasando. Todavía recuerdo cuando mi madre nos dejó huérfanos en medio de la guerra. Yo tenía cinco años y otros tres hermanos a los que cuidar. Vivíamos en un cortijo, en medio de un extenso coto de caza mayor que mi padre se encargaba de tener a punto para las monterías que organizaba el señorito De Pablos, el cacique de la región. Cuando empezó la guerra mi padre marchó al frente y todo el trabajo se lo cargó a mi madre. Era mucho para ella, que estaba sola para todo y no pasó del tercer mes. Fue en vísperas de todos los santos. Aún la recuerdo vagamente en sus últimos días, echada en la cama, deshaciendo sus pulmones en esputos de escarlata sobre la sábana. Miedo, frío y dolor, eso sentí en ese momento. Quizá por eso no guardo un buen recuerdo de mi madre. Ni bueno, ni malo. No guardo ninguno.

Me llevo la taza a la boca. El café no parece estar tan mal después de todo. Incluso me gusta. Se me queda un ligero regusto a chocolate.

 –Saldréis adelante, es ley de vida. –Digo aparentando ternura.

Yo le cojo la mano. Necesita consuelo, es lo que ella espera. ¿Por qué no se lo voy a dar? Aunque hace tiempo que no lo tengo presente, sé lo que es sentir el calor de alguien cercano cuando el dolor de la pérdida nos sacude el estado de ánimo. Mi jugada funciona porque ella lo agradece y vuelve a sonreír.

Pero lo cierto es que no sé a qué se refiere. Su madre murió hace treinta y dos años, por lo menos. Vaya, los mismos que han pasado desde el accidente. Un cruce dentro de la ciudad en la madrugada, un desajuste en los semáforos, y una camioneta que se me echa encima. Y en un acto reflejo de autoprotección, doy un volantazo que provoca la caída de los dos vehículos al río. O al menos así lo declaré a la policía, que no encontró ningún testigo que echara por tierra mi versión tergiversada del accidente. Porque en realidad fui yo el que embistió deliberadamente al vehículo que conducía ese cabrón que se inmiscuyó en nuestro matrimonio. Lo que nunca imaginé es que esa noche él viajaría acompañado. Un error de cálculo con el que tengo que cargar desde entonces. Jamás me lo he perdonado, pese a que la justicia no encontró materia de reproche. O quizá es que la policía no ató los cabos sueltos. Eran muchos y muy evidentes. No los vio o no los quiso ver. No lo sé.

 –Deberías venir a casa a cenar, papá. Así las niñas te conocerían por fin. –Dice olvidándose de su dolor.

 Me enseña unas fotos de sus hijas. Son tres y se llevan poco tiempo. Dos años como mucho. Son rubias como su madre. Y guapas, además. Yo no suelo salir bien, no soy fotogénico. La única foto mía que me gusta mirar de vez en cuando es la que me hice de recluta en el cincuenta y dos, poco antes de partir hacia el Sáhara. Qué guapo llegué a ser, no me lo creo. Aparezco mirando más allá del horizonte, como todo un héroe veterano de guerra, que sin embargo jamás llegó a entrar en combate. Me dieron una medalla por error. No la merecí y eso me avergüenza. Por ello la tengo colgada en la cocina, llena de grasa, al lado de la perdiz disecada. Nunca me gustó ese pájaro. Parece una gallina de indochina. A ver si se muere de una vez.

 –¿El sábado te viene bien? –Le propongo.

 Sé que ella trabaja los sábados pero me hago de nuevas. No creo que se haya dado cuenta de mi ironía, aunque eso no debería importarme. En realidad no soporto el contacto con la gente, las sonrisas forzadas, hablar de naderías con nadie. No me gusta el olor de las casas ajenas, tener puestos los zapatos y el cinturón, no poder sentarme en mi butaca, el calor insoportable de la calefacción central. Y ella lo sabe. Me duele la cabeza pensando en todo eso y finjo una mueca de incomodidad. No necesito mucho esfuerzo. Estoy incómodo de verdad, huele demasiado a vainilla. Ella lo nota y me coge de la mano. Quizá piensa que debe sentir lástima de mí. Qué poco me conoce, eso es justo lo que más odio.

 –El sábado trabajo… ¿Has tomado las pastillas? –Me pregunta de pronto, abriendo su bolso como si ella las llevara.

 No sé por qué cambia de tema. Tampoco sé a qué pastillas se refiere. Esta mañana me he tomado las de la tensión y el reuma. Pero ahora que caigo, las del colesterol se me acabaron la semana pasada y no he vuelto a comprar, creo. Y hay unas cápsulas amarillas que hace tiempo tampoco tomo. Ahora no estoy seguro de cuántas pastillas me pusieron en el tratamiento. Ni cuándo tomarlas. En realidad nunca me ha importado. Las medicinas no son más que un placebo para engañar a los crédulos y hacer más rica a la industria farmacéutica. Se lo he dicho más de una vez al tendero que me vende el pan. Suele ser gente sensata, pero él no está de acuerdo conmigo y me vende siempre el más tostado. Es un cabrón, lo hace para joderme. Pero es mi amigo y le sigo comprando el pan. De candeal, como el de pueblo, de toda la vida.

 –Se te han vuelto a olvidar, ¿no? –Me reconviene con ternura. Me señala con el dedo.

 Yo intento recordar pero lo único que me viene a la memoria es una tabla dibujada en una pequeña cartulina, pegada con un imán en la puerta del frigorífico. La diseñó ella. En un eje, el nombre y el color de las pastillas. Y en el otro, las horas a las que debo tomarlas. Por lo menos seis. Puede que más. Pero qué importa. No me gusta que ordenen mi vida. Sé valerme solo. Cuando el accidente lo hice. Cuatro meses con la escayola puesta y no necesité a nadie. No quise. Y aquí estoy.

 –Llévame a tu casa, anda. Aún tengo media hora. –Mira el reloj, me coge del brazo y me levanta de la silla.

 Salimos de la cafetería apretando el paso. Ha empezado a llover. Tendremos que darnos prisa, mi casa está lejos. No creo que en media hora podamos llegar y buscar las pastillas. Y encima, encontrarlas. A no ser que la excusa del poco tiempo de que ella dispone solo sea un pretexto para que yo no me oponga. Es poco tiempo, seguro que accede, habrá pensado ella. Pero no es verdad. No me convence, lo que pasa es que no me opongo.

 –Perdona el desorden. –Le digo nada más entrar al salón.

 Me siento incómodo. No tengo la casa para recibir a nadie. Aparto con el pie los botes de pintura vacíos, los trapos, un par de caballetes. Tengo muchos cuadros que ya he terminado y están arrinconados contra la pared. Por el pasillo, en las habitaciones, en el salón. Es a lo que me dedico para entretener las horas. Es bueno para la memoria. O eso dicen. Aún no sé qué hacer con tantos cuadros. Me da vergüenza enseñarlos. Tampoco quiero desprenderme de ellos.

 Hay quien ha catalogado las obras de Picasso en más de quince mil. Y otros estiman en más de cuarenta y cinco mil las que llevan su firma, entre cuadros, litografías, cuadernos, cerámicas, grabados, esculturas… Aún me queda mucho para alcanzarlo, pero me queda poco espacio por ocupar y pocos años de vida. La casa huele a disolvente concentrado y a linóleos. Apuesto lo que sea a que el estudio de Picasso en París también olía así. Ahora me acuerdo de que no he abierto la ventana antes de salir. Trato de poner remedio y es lo que hago nada más entrar al salón. Pero hace viento, la lluvia moja la cortina y vuelvo a cerrar la ventana.

 –Papá, ¿desde cuándo no viene la Viki?... Esto está hecho un desastre. –Más que preguntar me zarandea con su tono.

 Me siento juzgado. Me ha dado la espalda y empieza a poner orden. O lo intenta, al menos. Para eso habría que tirar muchas cosas y yo no quiero. A la Viki también le dio por ahí. Ella no me lo dijo pero intuyo que dejó de venir por eso. Y ya va para tres años.

No me gustan el ceviche, la bachata, ni el plátano macho. Tampoco el tono de víctima que empleaba para pedirme un anticipo. Puedo entenderlo, pero yo no tengo la culpa de que ella tenga tanta familia a la que socorrer en su país. Además, aquí también tiene a varias hermanas y a dos hijos que trabajan. Y primas. Ellos sí le pueden echar una mano. Yo no soy su hermano y solo cobro una pensión. Pero admito que hay veces que la echo de menos. No sé planchar. Me gustaban sus cocadas y la forma de pronunciar las eses, como deslizándolas sobre el hielo. El último día le regalé uno de mis cuadros. Lo eligió ella. Era un paisaje en aguafuerte para el que utilicé solo tres tonos de verde. Ella no lo sabía, pero era el cuadro que más cariño le tenía. Dijo que lo colgaría en su casa aunque seguro que ya lo habrá vendido. No me importa. Hasta puede que le hayan pagado un pastón.

 –Las pastillas las guardo allí. –Le digo a mi hija señalando la cocina.

 La verdad es que tiene difícil llegar desde donde está sin pisar algunos lienzos o varios pinceles y espátulas. O sin darle una patada a algún bote de barniz. A pesar de todo se abre paso hasta la cocina. Abre el cajón de la mesa y ve lo que tengo y lo que me falta. No dice nada y todo lo anota en una libreta de mano que saca de su bolso. Me fijo en que hace juego con el bolígrafo. Siempre fue una chica muy preparada y metódica. Viéndola así, de espaldas, con el pelo ondulado que le cae por el hombro, veo que tiene las mismas hechuras de su madre. Y no puedo evitar que me venga a la memoria un ramalazo de nostalgia, de rabia, de oportunidad perdida. De abandono y derrota total.

 –Tienes que hacer caso a la doctora. –Me dice con ternura.

 La cadera me vuelve a dar la lata pero yo me mantengo firme, con dignidad, en pie y ayudado por un bastón. Se parece mucho a su madre y ella lo sabe. También es consciente de que yo lo sé. Se manejaba muy bien con los números, como lo hace ella ahora en pie, frente a la puerta de la cocina. Trabajaba de contable en el almacén de revestimientos, casi al lado de casa. Íbamos juntos al trabajo, andando. Allí conoció al cabrón de la camioneta. Pero lo que más me duele es que fui yo quien se la presentó. Fue en la cena de navidad de la empresa. Y aún sigo sin perdonármelo. Maldita cena del demonio.

Se da la vuelta y me enseña la nota. En total son tres las medicinas que me faltan y siento alivio de que no sean tantas como yo temía. Hace una mueca de reproche que siento como un pellizco de monja. Es tan buena actriz que imita los gestos de su madre. Y hasta su letra puntiaguda. Solo tuvo diez años para captar y recordar todos sus matices. Pero es cierto que la genética no entiende de edad. Y por un momento creí que estaba otra vez aquí a mi lado, rediviva. Cuánto la echo de menos y cuánto me cuesta decirlo. Pero intuyo que mi hija lo nota y eso me incomoda.

 –¿Y el domingo? ¿Te viene bien? –Ahora soy yo el que cambia de tema y vuelvo a hablar de la cena.

 No quiero que ella me vea vulnerable. Pero ya es tarde para fingir, para disimular que algo me ha rozado la fibra sensible. Hasta me ha temblado la voz. Es el mismo tono quejumbroso e inseguro que recuerdo haber empleado al declarar a la policía sobre las extrañas (e inverosímiles) circunstancias del accidente. Parece que fue ayer. Un único superviviente y un único testimonio válido. El mío. Caso cerrado. Y como epílogo, un puñado de sal sobre la herida abierta el resto de mi vida. Pero a nadie le importa el padecimiento ajeno. Solo a quien lo sufre.

Como una ironía o un capricho del destino, tras el choque, los dos vehículos cayeron al río. Ninguno de sus ocupantes llevaba puesto el cinturón de seguridad. En la fría madrugada, con el reflejo titilante de la luna sobre las aguas negras, dos coches hundidos, dos cadáveres flotando y un herido moribundo en la orilla, como un falso héroe de guerra. Y como conclusión del atestado, una deducción lógica que situaba a mi mujer de copiloto en mi coche. Nunca en el otro… Y luego mi firma, claro. Para terminar de rubricar la farsa sobre mi conciencia el resto de mi vida. La misma firma que pongo ahora a todos mis cuadros en la esquina inferior derecha, imitando a Picasso. Aún me quedan muchos para igualarlo.

Mi hija me sonríe con ternura. Es posible que lo sepa y por eso calla. Pero sigue actuando y lo hace muy bien. O eso creo… Sí, una gran actriz.

 –Claro que sí. Ponte un traje. –Me dice ella.

Y nos despedimos hasta el domingo.